

más que una soberanía. *Le Songe du Vergier* responde que es verdad que en este mundo no hay más que un señorío; pero procura eludir las consecuencias, atribuyendo este señorío á Dios, lo que no impide, según él, que haya dos jurisdicciones, una temporal, perteneciente á los reyes, y otra espiritual, perteneciente á los papas (1). La respuesta es mala: hay otra perentoria; las naciones la han dado al proclamar su soberanía, y consiste en anular el poder espiritual. La conclusión del legista francés es que los príncipes reciben el poder de Dios; pero como los papas lo reciben también de Dios, la colisión subsiste y es insoluble.

Las mismas contradicciones se encuentran en los escritos de un jurisperito italiano del siglo XV (2). *Antonio de Rossellis*, profesor de Padua, establece muy bien, fundándose en el Evangelio, que el poder del papa es puramente espiritual, y llega hasta á tratar de herejes y de insensatos á los que reconociesen la soberanía temporal al papa (3); sin embargo, el poder espiritual que reconoce á la Iglesia conduce lógicamente á nuestro legista á concederle un derecho que altera profundamente, si no la destruye, la independencia del poder temporal. Si el papa tiene el poder espiritual, ¿no puede intervenir en el orden temporal en cuanto se refiera á la fe? *Rosellis* es demasiado buen lógico para negarlo, y dice que si el emperador es cismático ó hereje, el papa puede *corregirlo* y aun *deponerlo* (4). Hé aquí otra vez al papa señor de los reyes, supuesto que él es quien decide si un rey es cismático ó hereje.

III

No hay más medio que negar toda soberanía al papa, si se ha de garantir completamente la libertad del poder civil; este es el camino que toma la Reforma, que tiene sus precursores en el siglo XV. *Gregorio de Heimburgo* admite todavía la supremacía de San Pedro, pero la reduce á nada ó á muy poco: «Los apóstoles, dice, eran superiores á San

(1) *Le Songe du Vergier*, en los *Tratados de las libertades de la Iglesia galicana*, t. II, p. 41.

(2) ANT. DE ROSELLIS, *Monarchia*, sive *Tractatus de potestate imperii et papae* GOLDAST, *Monarchia*, t. I.

(3) *Hereticum et insanum esse dicere quod universalis administratio temporalium sit, vel esse possit apud summum pontificem.* GOLDAST, t. I, p. 273.

(4) «Si Imperator schismatizaret vel deviare in fide, tunc possit a papa ordinari et corrigi...» GOLDAST, t. I, p. 273.

Pedro; la Iglesia es, pues, superior á sus sucesores; no es el papa, sino Jesucristo el jefe de la Iglesia. El legista alemán comenzó una guerra contra el pontificado que debía ser fatal al catolicismo, la guerra fundada en el estudio de la historia, y sostuvo que San Pablo era el apóstol de Roma más bien que San Pedro (1): ¿qué viene á ser entonces la primacía romana? La opinión de *G. de Heimburgo* no era la única; desde esta época, los Alemanes manifestaban dudas sobre la divinidad del pontificado, y, por consiguiente, sobre la utilidad de esta institución. *Eneas Silvio* escribió una carta á los Alemanes combatiendo una hereja tan peligrosa (2); pero fué más fácil al astuto italiano subir al trono de San Pedro que detener la corriente de las ideas. Estamos á fines del siglo XV. Lutero destruyó la dominación pontificia en sus fundamentos, y rompió para siempre la unidad cristiana.

Ya antes de la Reforma, el advenimiento de las naciones había roto la unidad de la Edad Media. ¡Cosa notable! El espíritu de nacionalidad se efectuó en el seno de la Iglesia que se dice universal por excelencia. Se atribuye, y no sin razón, el gran cisma á la ambición y la avaricia de los papas: pero es menester añadir que había otro principio de disolución: la división que desgarraba al pontificado era la imagen de la sociedad cristiana desmembrándose. En la Edad Media, la cristiandad era una, determinándose como un solo hombre en las cruzadas con un solo jefe, el papa. En el siglo XV se despierta el genio nacional, y la primera señal de vida que dió fué rehacerse contra el poder que tenía la pretensión de absorber todos los elementos de la humanidad. Francia, Alemania é Inglaterra rechazaron la soberanía temporal que el papa se arrogaba, y reivindicaron su independencia, proclamando que no provenían más que de Dios, reconociendo, sin embargo, el poder espiritual de los sucesores de San Pedro; pero las pasiones nacionales se desencadenaron en medio de la aparente unidad. Francia tuvo mucho tiempo al pontificado bajo su mano; los papas dejaron, por decirlo así, de ser obispos universales de la cristiandad, para ser pon-

(1) G. DE HEIMBURG, *Apologia*, en GOLDAST, *Monarchia*, t. II, páginas 1615-1625.

(2) ÆNEAS SYLVIVS, *Epist.* CCLXXXVIII: «Sunt nonnulli tui nationis homines, parum pensi habentes, quibus romani pontificis autoritas neque necessaria esse videtur, neque a Christo instituta.»

tíficos franceses. Roma, viuda de su grandeza, quiso tener un papa propio; los Romanos violentaron á los cardenales, y un motin arrancó al sacro colegio el nombramiento de un Italiano (1). Los cardenales franceses, seguros del apoyo de Francia, se separaron del jefe que habían elegido. Escocia, la Saboya, la Lorena, Castilla y Aragón reconocieron al papa francés; Alemania, Inglaterra y el Norte permanecieron adictas al papa romano. El pontificado se dividió, dice un contemporáneo, porque la humanidad estaba dividida (2).

Cuando el concilio de Constanza fué llamado á volver la unidad al mundo cristiano, los Padres votaron por naciones; fué la primera vez que se presentó semejante proposición, en que no se hubiera soñado siquiera en la Edad Media; y en realidad, el modo de proceder adoptado en Constanza es contrario á la idea del catolicismo: cuando se trata de intereses de la Iglesia universal, el elemento de nacionalidad no tiene importancia; ¿por qué, pues, se manifestó en el seno de un concilio general? Porque la cristiandad misma estaba dividida; y esto es tan verdad, que no se retrocedía ya ante la idea de Iglesias nacionales, que era la tendencia de los hombres que dirigían la oposición contra el pontificado; *Gerson*, uno de los jefes de la aristocracia episcopal que reinó en Constanza, comprendía que el pontificado había ido demasiado lejos en su tendencia hacia la unidad de la fe evangélica, y quería que se dejase cierta libertad al genio de las diversas naciones. Bajo el punto de vista de *Gerson*, los Griegos estaban en libertad de guardar sus ritos particulares, el pan sin levadura y el matrimonio de los sacerdotes, sin dejar por esto de ser comprendidos en la unidad católica; el ilustre doctor pedía la misma independencia para la Iglesia galicana, cuyas libertades reivindicó contra la corte de Roma (3). Esta conciliación de aquello que hay de individual en las razas con la necesidad de la unidad es de un filósofo más bien que de un católico. Roma persistió en tratar

(1) «Cuidado, cuidado, señores cardenales, hacednos un papa romano que nos satisfaga; de lo contrario, os pondremos las cabezas más rojas que vuestros sombreros.» (FROISSART). Tal es el relato del partido francés en este obscuro debate (BALUZE, *Vita paparum Avenionensium*, t. I, p. 442, 446, 599).

(2) «Occasione schismatis et fomentum erat discordia inter regna» RICHARDI ULLENSTONI (profesor de teología en Oxford), *Petitiones quoad reformationem Ecclesie*. GIESLER, t. II, § 102, nota g.

(3) GERSON *Sermo coram rege* (Op., t. II, p. 148).

á los Griegos de cismáticos, y no consintió jamás en reconocer las pretendidas libertades de la Iglesia galicana; y es que el catolicismo amenaza ruina desde el momento en que se admite que puede haber diversidad de creencias entre la Iglesia romana y las Iglesias nacionales. En el fondo, los concilios del siglo XV no fueron otra cosa que una rebelión de la aristocracia episcopal y del espíritu nacional contra el pontificado. Los obispos son el elemento particular, nacional de la Iglesia; los papas el elemento universal, el lazo de la unidad católica; si los obispos hubieran triunfado, no hubiera habido más unidad ni más pontificado.

El pontificado triunfó por la fuerza de unidad que es inherente al catolicismo; pero esto no impide que la cristiandad se desmembre de día en día entre los diversos Estados, contribuyendo á ello el mismo pontificado, que, para desembarazarse de los concilios generales, temidos como el enemigo natural de su autoridad, se vió obligado á transigir con las diversas naciones; de aquí los concordatos que relajaron más ó menos el vínculo entre las Iglesias particulares y Roma, y vinieron á parar en el sacrificio de lo que los papas de la Edad Media llamaban la libertad de la Iglesia. *Gregorio VII* combatió heroicamente por arrancar la investidura á los príncipes, y ahora los soberanos pontífices concedían á los reyes un derecho mucho más extenso: el nombramiento de los obispos; esto era favorecer la formación de las Iglesias nacionales; así es que los príncipes acabaron por ser los jefes de sus Iglesias. *Eneas Silvio* se quejó de que clérigos y laicos pudiesen renegar de Jesucristo á quererlo el príncipe (1). Volvemos á la misma conclusión: la Iglesia y el pontificado se baten en retirada; la sociedad laica ocupa el lugar de la Iglesia; la soberanía pasa del pontificado al Estado.

§ III.—Los papas de los siglos XIV y XV.

I

El pontificado ha sido grande mientras ha caminado por la senda que Dios le señalaba. No conocemos sobre los tronos ni entre los héroes per-

(1) ÆN. SYLV., *Epist.* I, 51: «Omnes hanc fidem habemus, quam nostri principes, qui si colerent idola, et nos etiam coleremus. Et non solum papam, sed Christum etiam negaremus, seculari potestate urgente.»

sonaje más importante que Gregorio VII. Inocencio II, aunque más personal, brilló, sin embargo, con majestad singular. Los papas que luchan con los Hohenstaufen son hombres de guerra y de pasión: pero hay grandeza en estos gigantes combates; si la cristiandad gime bajo la tiranía y el fisco romano, al menos es por una ambición ventajosa a la humanidad, puesto que la salva de la monarquía universal: pero hé aquí que el pontificado quiere fundar un imperio en su provecho; su dominación, más absorbente que la de los emperadores, se extiende al mismo tiempo sobre las almas y sobre los cuerpos; el papa tiene en su mano la conciencia de los fieles y las fuerzas de la cristiandad; ¿cómo ha de resistir el hombre el ejercicio de semejante poder? La antigüedad vió el repugnante espectáculo de los emperadores monstruos; creía haber divinizado a sus jefes, y no formó más que tipos de degradación moral. La cristiandad presenció un espectáculo más odioso aún: los sucesores de los apóstoles, los que se dicen vicarios de Cristo, aquellos a quienes sus aduladores comparan a Dios, aquellos a quienes se da por misión el gobierno y la salvación de las almas, los papas, en fin, son los más corrompidos de la humanidad. No atacamos a los individuos, que son víctimas de los vicios de la institución: divínese a un hombre cualquiera, y caerá por un delirio de orgullo, como cayeron los ángeles, según la tradición católica.

El último de los papas, Bonifacio, inauguró la era de la decadencia; y entre los cargos que le hacen sus enemigos, creemos sinceramente que hay acusaciones calumniosas; pero quedan bastantes verdades para condenar su memoria; á no considerarle más que por sus pretensiones y la fiereza de su lenguaje, habría que compararle a Gregorio VII; pero si se va al fondo de los sentimientos, los separa un abismo; apenas se encuentra huella de personalidad en el gran papa del siglo XI, mientras que la ambición vehemente y odiosa es el único móvil de Bonifacio, que empleó la intriga y la astucia para arrancar la abdicación al monje que le precedió en el trono de San Pedro; después, temiéndole que se ponga en duda la validez de aquella renuncia y que el papa dimisionario se convierta en instrumento de sus enemigos, le retiene prisionero. P. de Morrone se escapa; Bonifacio le persigue y ordena que se le prenda, aunque sea por

fuerza, y el piadoso solitario muere al cabo de nueve meses de cautiverio (1). ¿Qué uso hizo Bonifacio de un poder comprado a costa de un crimen? Puede decirse de él lo que Dante decía del pontificado: "Su Dios es el oro." Las cruzadas, en las cuales ya nadie pensaba seriamente, llegaron a ser un pretexto para obtener sumas fabulosas, que sirvieron para atraer los bandidos a Anagni en pos de Nogaret (2). Nunca hizo bien más que a sus parientes, si es que pueden llamarse bien las dignidades eclesiásticas, los honores seculares y el dinero que les prodigó; sus enemigos le acusaron de incredulidad, y nos inclinamos a creer que la acusación es fundada, al ver que Bonifacio cubría sin cesar su ambición con el velo de la religión; si se le oye, todo lo hace por Dios, teniendo siempre en sus labios un texto de los libros sagrados para justificar sus actos (3). Orgullo, codicia, hipocresía, tales fueron las virtudes del último de los papas.

Estos vicios vienen a ser como el atributo de los papas; nada prueba mejor su decadencia que las pequeñas pasiones a que estaban entregados los sucesores de los Gregorios y los Inocencios; el principal genio poético de la Edad Media, el Dante, condena los vicios de los papas con una energía que le hace figurar entre los precursores de Lutero (4); sin embargo, el poeta florentino es católico, y aun hoy es celebrado como el poeta ortodoxo por excelencia, lo cual da más valor a su testimonio. Como Gibelino, el Dante no podía reconocer en los papas ningún derecho sobre los poderes temporales; en su tratado de la *Monarquía* refutó la argumentación de los ultramontanos, de la misma manera que Marsilio de Padua, cree, como todos los enemigos del pontificado, que su poder temporal es una larga usurpación, viendo en él el origen de los males que han afligido a la cristiandad y el de la decadencia de Roma: había decadencia en el sentido de que no conservaban los papas del supremo poder que habían ejercido más que los vicios inseparables de una monarquía universal. El Dante compara el pontificado degenerado con una mujer pública (5); sus invectivas contra

(1) DRUMANN, *Bonifacius VIII*, t. I, p. 15-17; t. II, pág. 229 y siguientes.

(2) Frase de un contemporáneo (DRUMANN, *Bonifacius VIII*, tomo II, p. 231).

(3) DRUMANN, *Bonifacius VIII*, t. II, p. 22 y siguientes.

(4) VILLEMMAIN, *Literatura francesa en la Edad Media*, loc. XII: «Es Lutero anticipado en tres siglos.»

(5) DANTE, *Purgat.*, xxxii, 148-156.

la codicia y las violencias de los sucesores de San Pedro no tienen fin (1); y para dar a sus maldiciones más autoridad y efecto, las pone en boca de San Pedro mismo: "No ha fundado la Iglesia con su sangre para que venga a ser un objeto de comercio, para que sea vendida por oro; las llaves que le concedió el Hijo de Dios no debían ser una enseña bajo la cual se combatiere a pueblos cristianos; no pensaba que los que se llaman sus sucesores habían de ser lobos carnívoros con piel de oveja; acusa a la venganza divina de lentitud en su castigo." (2). La consecuencia del Dante es que no hay salvación para la cristiandad más que en la destrucción del pontificado temporal, es decir, del pontificado tradicional, lo cual era pedir la ruina del cristianismo histórico, porque este cristianismo y el pontificado se confunden.

Dios ciega al que quiere perder, y la ceguedad de los papas en el siglo XIV es inconcebible; diríase que quieren justificar la maldición del Dante y precipitarse con el catolicismo hasta el abismo; no conocemos espectáculo más repugnante que la degradación de estos hombres que se llaman vicarios de Dios y la corrupción de los ungidos del Señor que se reunían en su corte. *Petrarca* nos dirá lo que Roma, la Ciudad Santa, había llegado a ser bajo el régimen de los papas: "Roma es la sentina de todos los crímenes, de todas las ignominias; es aquel infierno de vivos que anunciaba la palabra profética de David. ¿Qué había de suceder allí donde la virtud yace muerta y enterrada, en aquel antro donde reina el orgullo, la envidia, el lujo y la avaricia, donde el más malo se encumbra, el bandido pródigo es ensalzado hasta el cielo, donde la pobreza es oprimida, donde la sencillez se llama locura y la malicia prudencia, y donde es despreciado Dios y adorado el mundo...? La ves con tus ojos y la tocas con tus manos; héla ahí esa nueva Babilonia, ferviente, desmeleada, obscena, terrible... Todo lo que hay en el mundo de perfidia, todo lo que hay de astucia, crueldad y orgullo, toda la impudencia y desenfreno, toda la impiedad, en fin, y criminales costumbres que ha podido haber siempre, de todo esto es un conjunto de Roma.

Sigamos a los papas a Aviñón, la tercera Ba-

(1) DANTE, *Parais.*, xviii, p. 130-136.

(2) DANTE, *Parais.*, xxvii, 22-63.

bilonia: "Allí no se adora más que al dios oro, dice *Petrarca*; se vende a Jesucristo por oro... La vida futura se considera como una fábula y el infierno como una invención de los poetas; la resurrección y el juicio final pasan por tonterías; la verdad es allí una demencia, la abstinencia rusticidad, y el pudor el mayor de los oprobios; cuanto más sucia es la vida, tanto más ilustre; cuantos más crímenes se cometen, tanta más gloria hay; un hombre honrado es más vil que el fango; la buena fama es la última de las mercancías... Nada digo de la herencia de Simón, de esa herejía por la cual se comercia con las cosas espirituales... Nada de la crueldad, insolencia y vanidad... Porque tengo prisa de llegar a una cosa tan ridícula como odiosa. ¿Quién podría ver, sin reír y sin disgustarse, esos viejos niños que parecen desmentir las palabras de Virgilio acerca de la frialdad de la senectud? Se les ve entregarse con tal ardor a los placeres del cuerpo, se revuelcan de tal modo en el fango de vergonzosas orgías, que parece que cifran su gloria en el desorden y en la impudencia... ¿Hablaré de los atentados al pudor, de los robos de mujeres, de los incestos y adulterios, juegos todos del libertinaje pontificio? ¿Diré cómo se expulsa, cómo se destierra a los maridos a quienes se arrebatan sus mujeres, con el fin de no oír sus quejas, cómo se les devuelven después sus mujeres violadas y encintas, y cómo, después del alumbramiento de éstas, se obliga a los maridos a entregarlas a la prostitución? Todos estos horrores no soy yo el único que los conoce; son públicos, tanto que todo el mundo habla de ellos sin el menor temor." (1).

El gran cisma del Occidente es una época de delirio; vense dos, tres papas, cada uno de los cuales se dice el verdadero sucesor de San Pedro, arrostrar los desprecios y ultrajes de la cristiandad por asegurarse en el poder. Y ¿qué hacen estos soberanos espirituales? Aguzan su ingenio para buscar invenciones que les permitan llenar su te-

(1) PETRARCA, *Epist. sine titulo*, x, xviii.—El testimonio de Petrarca está confirmado por los hombres más notables de la Iglesia en el siglo XIV. En su obra sobre la *Ruina de la Iglesia*, NIC. DE CLEMANGIS dice (c. xlii): «Ex illo plane suam cladem prenosse debuit (Ecclesia), ex quo propter suas fornicationes odibiles, Romuli urbe relicta, Avinionem confugit. Ubi quanto liberius, tanto apertius et impudentius vias sue simonie et prostitutiones exposuit, peregrinosque et perversos mores, calamitatum inductores, in nostram Galliam invexit, rectisque usque ad illa tempora moribus frugalibus disciplina instante, nunc vero luxu prodigioso usque adeo solutam, ut merito ambigere possis, utrum res ipsa audito mirabilior sit an visu miserabilior.»

soro. En el siglo XIII, la lucha del sacerdocio y del imperio legitimaba en cierto modo las exacciones é invasiones de Roma. En el siglo XIV apareció el pontificado en la repugnante desnudez de un despotismo que no tiene más ambición que dominar y satisfacer sus mezquinas pasiones. Como los papas de Aviñón y de Roma no recibían cada cual más que la mitad de los tributos de la cristiandad, tuvieron que recurrir á mil expedientes para cubrir el déficit. Las rapiñas traspasaron todos los límites. No ya los enemigos de la Iglesia, sino sus más ardientes defensores son los que han denunciado el abuso de la fiscalización pontificia: "Los papas, dice *Clemangis*, escogen, para instrumento de sus exacciones, hombres duros, capaces de sacar oro de una piedra, y dan á los agentes del fisco el poder de lanzar los rayos de la Iglesia, no contra los herejes y los incrédulos, sino contra los fieles y los prelados morosos. ¿Quién ignora que las solemnidades de los funerales y hasta la sepultura han sido negadas á obispos que á su muerte han dejado deuda á la Iglesia, y que ha sido preciso enterrarlos en secreto y lugares profanos como seres inmundos?" (1).

Tales fueron los hechos notables realizados por los papas de Aviñón. Los papas de Roma, ganosos de mostrar la superioridad del genio romano, les sobrepujaban aún. Mientras que los pontífices franceses se vengaban en los cadáveres, más astutos los italianos, enviaban sus agentes a la cama de los moribundos, no para consolarles en su agonía, sino para arrebatarles sus libros, sus hábitos, sus muebles y su dinero. El escritor contemporáneo á quien nos referimos en estos detalles compara los papas con aves de rapiña (2), que al menos esperan la muerte, mientras los vicarios de Dios hallaron medio de ser más rapaces que los buitres. Gregorio VII, si es permitido pronunciar su nombre tratándose de sus indignos sucesores, reivindicó el poder espiritual para poner término al vergonzoso

(1) *De Ruina Ecclesie*, c. IX — Compárese *Littera Caroli VI, Francorum regis, adversus cardinales qui fere omnia regni obtinebant beneficia* (MARTENS, *Thesaurus*, t. I, p. 1612): "Los cardinales que seguían al partido de Aviñón se apoderan de todos los beneficios, y no se cuidan ni aun de la conservación de los edificios religiosos; las iglesias caen en ruinas y las invaden las zarzas y las espinas; los clérigos, encargados de la salvación de las almas, mueren de hambre, abandonan sus funciones y andan errantes por el reino como vagabundos." — La universidad de París reproduce las mismas quejas (*Littera Universitatis Parisiensis*, en D'ACHERY, *Spicileg.*, t. I, p. 780).

(2) THEODOR. A. NIEM, *de Schism.*, II, 10: "Ad instar corvi in pradam hiantis."

comercio que los laicos ejercían con las cosas santas. Oigamos á un testigo ocular sobre la simonía de los papas del siglo XV: "No firman nada sin recibir el precio... Cuando los candidatos á los beneficios vacantes ó los que piden cualquier cosa carecen de dinero, los banqueros pontificios se lo prestan, mediante usura, ó bien el papa admite en pago granos, caballos ó cerdos. No hay petición, por injusta é ilícita que sea, que la corte de Roma no conceda á peso de oro," (1). Los sucesores de San Pedro llegaron á sostener que les estaba permitido venderlo todo, hasta el mismo Dios, sin incurrir en simonía (2).

II

Después de estos rasgos generales del pontificado en los siglos XIV y XV, vamos á entrar en algunos detalles. Importa mucho seguir en su vida privada y pública á los hombres impuros y criminales que se atreven á llamarse vicarios de Dios. Si se oye á los apologistas del catolicismo, apenas se encuentran uno ó dos papas que sean indignos de su alta misión, mientras que la inmensa mayoría fueron santos; pero invirtiendo los términos de la hipótesis, quizá estaría más cerca de la verdad: en la larga serie de papas suele encontrarse rara vez un grande hombre ó un santo; la masa general se compone de medianías, y los hay que son verdaderos tipos de vicios, á quienes no puede compararse más que á los emperadores monstruos. Juan XXIII es digno de ser colocado entre los Calígulas y los Nerones; comenzó por ser pirata, y conservó los resabios de su oficio cuando fué elevado al trono de San Pedro; la voz pública le acusó de haber envenenado á su predecesor: este crimen figura entre setenta motivos de acusación por los cuales fué depuesto por el concilio de Constanza, y entre los que hay diez y seis tan escandalosos, que no se atrevieron á dar lectura de ellos (3);

(1) THEODOR. A. NIEM, *de Schism.*, II, 12: "Nec potuit adeo quid injustum aut absurdum postulari, quod non concederetur intercesente simoniaco pacto et soluta pecunia." C. GERSON, *Op.*, t. II, p. 184: "Jam non videtur Romana curia esse nisi quoddam forum publicum, ad quod quo quis plura portaverit, plura mercimonia habebit."

(2) THEODOR. A. NIEM, *de Schism.*, II, 9: "Curiales pro majori parte affirmabant talia licite fieri, cum Papa in talibus, ut dicebant peccare non posset." C. GIESLER, *Kirchengeschichte*, tomo II, § 133, nota h.

(3) *Articuli contra Johannem P. XXIII*, en VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. IV, p. 197.

¡sin embargo, la vida de este misarable era conocida antes de su elección, y los cardenales habían jurado elegir el mejor!

Tiempos de cisma, se dirá, tiempos de desorden moral: pasemos, pues, al pontificado restaurado; debemos reconocer una virtud en estos papas, y es la de ser buenos padres de familia, cuidadosos de establecer bien á sus hijos. ¡Hé aquí la suprema ambición de los vicarios de Cristo en el siglo XVII! Pero como no conviene que un papa tenga hijos, se les da el nombre de *sobrinos*, y al gobierno pontificio se llama *nepotismo*; era preciso el poder de inyectiva del Dante para condenar como lo merecen á estos infames sucesores de los grandes papas de la Edad Media; pero los hechos en toda su desnudez tienen también su elocuencia; presentémoslos para oprobio del pontificado del siglo XV.

"Sixto IV, dice un analista romano (1), murió el 12 de Agosto de 1484. ¡Día feliz, en que el Todopoderoso libertó á su pueblo del más impío y el peor de los príncipes! No había en él más que sucia lujuria, avaricia y vanagloria; fué muy aficionado á mancebos y sodomita; la prueba está en los miles de ducados que dió á sus mancebos y los obispos y cardenalatos que prostituyó: gracias á la sodomía, fué como los condes Jerónimo y Pedro Riario (2) llegaron á ser cardenales, así como fué nombrado obispo á la edad de doce años el hijo de un peluquero." El analista romano nos hace conocer en seguida los caminos y medios empleados por este digno vicario de Dios para llenar su tesoro; nunca confirió un beneficio sino mediante dinero contante; y si los compradores no ofrecían bastante, sacaba los obispados á subasta. Se hizo acaparador; y después de haber producido una crisis alimenticia, ¡vendía sus granos, á veces averiados, á un precio exorbitante! Estos menudos medios de enriquecerse no bastaban á la ambición del papa; necesitaba un principado para su *sobrino*, es decir, para su *bastardo*; no omitió medio para conseguirlo, ni retrocedió ante el crimen: ¡se hizo instigador de un asesinato, y de un asesinato en plena iglesia! Los hechos son conocidos: Sixto IV quería despojar á los señores de Imola y Forli para dar

(1) STEPHANI INFESSURE, *Diarium urbis Roma*, en ECCARDI, *Corpus Hist. mediæ ævæ*, t. II, p. 1938.

(2) MAQUIAVELLO asegura que el conde Jerónimo Riario y el cardenal Pedro Riario eran hijos de Sixto IV! (*Istor. Fiorent.*, libro VII).

sus Estados á Jerónimo Riario. Habiendo abrazado los Médicis el partido de los pequeños príncipes, el papa juró su ruina y un banquero florentino establecido en Roma urdió el complot con Sixto IV y el arzobispo de Florencia, escogiéndose para la ejecución del plan una iglesia, para uno de los asesinos á un sacerdote; y en el momento de la elevación de la hostia, Julián de Médicis fué asesinado; Lorenzo escapó á los agresores, y los Florentinos inmolaron á los asesinos á su justo furor; mas como entre ellos se encontraban un sacerdote y un arzobispo, *la libertad de la Iglesia* había sido violada. Sixto IV entonces, indignado de semejante sacrilegio, lanzó sus rayos contra Florencia; de este modo un papa, cómplice de una sangrienta conspiración, excomulga á los que vengán la muerte en los asesinatos, porque estos asesinatos son escogidos del Señor (1): "Desafío, dice *Voltaire*, á la imaginación más atroz á que invente algo que se parezca á estos detestables horrores." Y no se diga que son exageraciones de aquel gran incrédulo, porque no es más que el eco de las acusaciones que lanzó contra el papa un concilio celebrado en Florencia (2).

Tales eran los modelos que Maquiavello tenía á la vista cuando escribió su famoso libro del *Príncipe*. ¿Quiénes son más culpables? ¿Los vicarios de Dios, que empleaban su autoridad divina para procurar dinero y dignidades á los frutos de sus desórdenes, y que fomentaban la guerra y el asesinato para conseguir este objeto, ó el escritor que formulaba las bellas máximas practicadas por los jefes de la cristiandad, órganos de Dios? Inocencio VIII fué digno sucesor de Sixto IV; antes de su elección había suscrito un compromiso contra el nepotismo, lo cual no impidió que el papa estableciera á sus numerosos bastardos; y tuvo tantos, que mereció el nombre de *Padre de la Patria* (3). Este excelente padre de familia tuvo la fortuna de encontrar una mina de oro; verdad es que para explotarla debió hollar los intereses y los sentimientos de

(1) Véanse los testimonios en GIESLER, *Kirchengeschichte*, tomo II, § 134, nota c.

(2) "Sanguis optime de christiana religione meritis, per principem religionis fusus, violata per Pontificem Ecclesia polluta per summum sacerdotem sacra sunt. Per hec vestigia cum qui venit vitam habeant. Sixtus secutus est..." (GIESLER, *Kirchengeschichte*, p. 152-154).

(3) Los Romanos hicieron á Inocencio VIII el siguiente epigrama:

"Octo nocens pueros genuit, totidemque puellas,
Hunc merito pterit dicere Roma pst rem."
(GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 134, nota u).

la cristiandad; pero los vicarios de Cristo están por encima de estas vulgares preocupaciones. El hermano de Bayaceto había buscado un asilo entre los caballeros de Rodas. Inocencio rogó con grandes instancias al gran maestro que se le entregara, y á este fin dijo que si le tuviera en su poder, llevaría á cabo grandes cosas en pro de la religión cristiana y la gloria de Dios. El gran maestro se dejó seducir por un capelo, y entregó el desgraciado príncipe al papa; entonces se entabló una negociación infame entre el sucesor de San Pedro y el sucesor de Mahoma: ¡el papa se comprometió con el sultán á retener á su hermano prisionero mediante una suma de 80.000 ducados! (1).

Como se ve, Alejandro VI no es una monstruosa excepción; es más bien la expresión de las costumbres pontificias de su tiempo; esto explica cómo los cardenales han podido vender la santa sede á un hombre que tenía ya cinco hijos ilegítimos. Hemos prometido decir toda la verdad desnuda; pero nos vemos obligados á faltar á nuestra promesa: ¡la historia no se atreve á referir lo que un vicario de Cristo osó hacer! Dejemos á un lado la infamia de los Borgias, y atengámonos á lo menos criminal de Alejandro VI, el amor por sus hijos, de los cuales á uno hizo príncipe, y al otro, apenas púbero, cardenal; en cuanto á su hija, la famosa Lucrecia, había casado con un noble napolitano; pero esta alianza no pareció bastante elevada á Borgia luego que llegó á papa, y la rompió, casándola después con un bastardo de los Sforza, del cual la divorció después para unirle con un bastardo del rey de Nápoles. Para atender á estos placeres y al establecimiento de su familia lo vendía todo: las dignidades, los honores, los matrimonios y los divorcios; no bastando esto, envenenó á los cardenales más ricos y dió sus bienes á sus hijos; el veneno fué todavía el arma del papa en la lucha que su hijo César Borgia sostuvo contra los barones romanos: los que no murieron á manos del hijo perecieron á las del padre.

Alejandro VI no tuvo más objeto durante su vida que el engrandecimiento de sus queridos bastardos. En rigor se comprende la política pontificia mientras existe la lucha entre los príncipes cristianos; pero hacia medio siglo que los papas

no cesaban de lanzar bula sobre bula para armar á la cristiandad contra los vencedores de Constantinopla; esta era una cuestión de vida ó muerte para el cristianismo, al menos en el concepto de los contemporáneos, que se creían todos los días en la víspera de ser reducidos á esclavitud por los sectarios de Mahoma. Inocencio VIII había hecho ya traición á los intereses del mundo cristiano, con gran escándalo de los príncipes que luchaban armados en mano contra los Turcos. Alejandro VI fué mejor todavía; envió embajadores al sultán para contraer con él una alianza contra Francia, en el momento en que Carlos VIII se preparaba para una guerra contra los infieles. ¡Por la respuesta de Bayaceto, se ve que el jefe de los creyentes hacia cardenales! Propuso sin ambages al papa que matase á su hermano Dschem, prometiéndole por este crimen una suma enorme y su amistad: ¡este sangriento tratado se llevó á cabo! Por consiguiente, los contemporáneos no han calumniado á Alejandro VI comparándole con Nerón y con Calígula (1). Aquel monstruo que ceñía la tiara haría dudar de Dios, si no se revelara su mano vengadora en los excesos mismos de los que se atrevían á llamarse sus órganos; el pontificado abría su sepultura, de la misma manera que los emperadores monstruos de la Roma imperial celebraban entre orgías y sangre los funerales del mundo antiguo.

El castigo siguió de cerca al crimen. En su ceguera, los escritores católicos lo atribuyen á las malas pasiones de Lutero, á su orgullo é impudicia, para explicar la Reforma; no sabemos qué hemos de admirar más en los defensores del catolicismo, si la estrechez de su espíritu ó su audacia. ¡Atreverse á hablar de orgullo é impureza después de los papas del siglo XV! ¡Acusar al monje sajón de inmoralidad porque arrostra las preocupaciones de la Iglesia para contraer los santos vínculos del matrimonio! Que abran los escritos de los contemporáneos, y allí encontrarán cuáles son las causas que han producido el odio al pontificado: son las costumbres de la corte pontificia, dice Erasmo (2). Aparte de los excesos y crímenes de los papas, el pontificado mismo estaba viciado en su esencia:

(1) Es inútil citar testimonios acerca de los hechos de Alejandro VI; todavía no ha encontrado apologetas, pero no se debe desespérer de nada.

(2) «Odiu romaní nominis penitus infixum esse in totum gentium animis, opinor ob ea que vulgo de moribus ejus urbis jactantur.» ERASMO, *Epist.* XII, p. 634.

(1) Véanse los testimonios en GIBSELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 4, § 184, nota 9.

poder esencialmente religioso, llegó á ser poder político; no teniendo nada más que hacer en favor de la humanidad espiritual, ocupóse de sus intereses temporales: «Entregados únicamente á las grandezas de la tierra, los papas, dice un historiador italiano, no se sirvieron de la autoridad espiritual más que como de un medio para extender sus Estados, y la cátedra de San Pedro parecía ocupada más bien por reyes que por pontífices... No se pensó más en perpetuar la majestad y la dignidad del pontificado; cada papa no pensaba en otra cosa que en procurar á sus hijos, sobrinos y parientes, una fortuna opulenta, principados y reinos... La religión, la santidad y la caridad no ocuparon ya á los primeros pastores, que, no respirando más que guerra y tumulto, se atrevieron á ofrecer el sacrificio de la paz con manos manchadas de sangre... Todo su cuidado consistió en fabricar artificiosas invenciones para acumular tesoros, sin avergonzarse de poner las gracias y las armas espirituales al servicio de su insaciable avaricia, ni de traficar con las cosas sagradas tan descaradamente como con las profanas. Las riquezas acumuladas en su corte introdujeron consiguientemente el fausto, el lujo, la corrupción de las costumbres y abominables desórdenes.» *Guicciardini*, de quien tomamos esta apreciación del pontificado, termina diciendo que la conducta de los papas ha apagado casi del todo el respeto de sus personas, y que no conservan algún crédito más que en relación de su poder político (1). Desde entonces, los sucesores de San Pedro han perdido toda influencia en los negocios temporales; y si no está desprestigiada su autoridad, es por la sencilla razón de que el mundo ignora que hay papas, y el pontificado no es más que una vana sombra.

§ IV.—Conclusión.

Hemos celebrado el pontificado de la Edad Media como el instrumento del cual se sirvió la Providencia para la educación del pueblo germano; hemos aplaudido las victorias que los Gregorio VII y los Inocencio III consiguieron sobre el imperio, aplaudiendo también la caída de la monarquía pontificia: ¿son por esto contradictorios estos juicios? ¿Tienen algo de fatalismo? ¿Es esto acaso la justificación de la fuerza?

(1) GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. IV, c. v.

En apariencia, es flagrante la contradicción: ¿cuál fué la obra de Gregorio VII? ¿Cuál el fin que persiguió y que realizó dentro de los límites de la imperfección humana? Fundó el poder espiritual de los papas, imponiendo el celibato al clero, rompiendo las cadenas que sujetaban la Iglesia al feudalismo. El poder espiritual implica el poder temporal; es decir, que los papas son los soberanos de la cristiandad, los señores del mundo; de hecho, los papas deponen á los emperadores y dominan á los reyes: hé aquí la obra de Gregorio VII; ahora bien, ¿por qué perece el pontificado? Por ese mismo poder temporal que le infesta con los vicios de la sociedad laica, por esa dominación que corrompe el poder espiritual y que subleva á las naciones y á los libre-pensadores. Cuando el pontificado cae, se le acusa de una usurpación secular; y hay realmente usurpación, porque la soberanía que ha reivindicado y ejercido pertenece á los pueblos; pero si hay usurpación, ¿no debemos condenarla en su principio, condenar á Gregorio VII más bien que á Bonifacio VIII? Exaltar al uno y condenar al otro, ¿no es celebrar al fuerte que triunfa y acusar al débil que sucumbe? ¿No es esto fatalismo?

Hay más. ¿Por qué rompió Gregorio VII los lazos que encadenaban el clero á la sociedad? El gran papa quería arrancar al clero de la corrupción que le minaba, y quería destruir en su raíz la simonía que envilecía la Iglesia, á fin de realizar el ideal del Evangelio y de que los clérigos fuesen realmente los elegidos del Señor, los hombres del espíritu llamados á refrenar y moralizar á los hombres de la carne; sin embargo, apenas constituida la monarquía universal, ya se elevan quejas contra la avaricia, la venalidad y la simonía de la corte de Roma. En el siglo XV, un inmenso murmullo de reprobación condenó las costumbres de los clérigos; la cristiandad pidió la reforma de la Iglesia en sus miembros y en su jefe; y cuando el papa permaneció sordo á aquellas justas exigencias, estalló una revolución religiosa que desgarró la unidad religiosa, destruyó el pontificado en su esencia y amenazó al propio cristianismo. Repetimos una vez más: en lugar de exaltar á Gregorio VII y su obra, ¿no hubiéramos debido condenarla, porque conduce lógica y fatalmente á todos los abusos que dieron ocasión á que los pueblos se sublevaran contra la Iglesia? Alabar al pontificado en el siglo XI y censurarle en el XV, ¿no equivale